

## XVIII

Si algún día se escribiera la historia de la tontería humana, que sería tanto como escribir la Historia de la Humanidad, uno de sus capítulos más interesantes sería el de por qué los españoles hemos de asistir todos los años en fecha fija á las representaciones de «Don Juan Tenorio».

¿Es que el mérito de la obra la impone á la admiración anual del público? Bueno sería entonces cualquier día del año. ¿Es por el cementerio y los aparecidos que en ella figuran por lo que tiene lugar apropiado al conmemorar la Iglesia á todos sus santos y á todos sus difuntos? Con la misma razón podría representarse Hamlet, donde no faltan tampoco apariciones de muertos y camposanto, y donde las consideraciones sobre la vida y la muerte y la eternidad son más graves y austeras que en nuestro popular drama, en que más parece tomarse á broma todo esto... ¿Pero qué digo? Justamente por-

que se toma á broma, es porque no hemos encontrado nada mejor para distraernos de la seriedad que los días imponen.

¿No es toda la vida española la de Don Juan Tenorio? Fanfarrona, despreocupada, altas frases, bajas acciones, el sentir y el pensar afectados, mucha elocuencia, mucha retórica... y sobre todo esto, la esperanza en el punto de contrición, gustoso y fácil, y la salvación final por mano de doña Inés, que por no faltar en nada al simbolismo, viste hábitos monjiles. Porque ¿cómo puede salvarse nadie en España sin intervención de monjío ó *fraillo*?

Por algo, con ser tan popular en España la figura de Don Juan Tenorio, no halló su consagración literaria definitiva hasta que el genio archiespañol de Zorrilla supo españolizarlo del todo. Los españoles no podíamos tolerar que Don Juan se condenase de ningún modo, ni con la música divina de Mozart. Era como condenarnos nosotros mismos.

¿Y no merecía la salvación Don Juan Tenorio mejor que el doctor Fausto, que es algo también del alma alemana, todo filosofía y pesadez, hasta cuando enamora y ama?

No, no puede condenarse á estos hombres

que son el alma de una raza. Don Juan Tenorio será siempre el héroe preferido de España, solo por esto, por salvarse.

Lo hubiera sido Don Quijote, si Cervantes más humano que español, ó quizás más de su tiempo que español, que humano, en vez de curarle al morir de todos sus desatinos, para hacerle posible la salvación como cristiano, le hubiera entrado valientemente en la gloria, de la mano de Dulcinea, en la suprema exaltación de su locura triunfadora.

\* \* \*

Madrid se aburre como nunca, desmintiendo así la afirmación de que bajo gobiernos reaccionarios fué siempre cuando más se divirtió la gente. Dígalo Roma en tiempos del poder temporal pontificio, dígalo París en tiempos de Luis XIV, dígalo, en fin, Madrid mismo en tiempos de los Austrias.

Madrid se aburre, sin que su aburrimiento logre interesarse por nada, apenas por la reaparición de Gallito. Y eso que al decir de algunos aficionados, nunca se vió fenómeno igual. ¡Un pase de muleta en dos corridas!

Bien puede estar agradecido el susodicho diestro á la afición madrileña y aun decirle como Marión Delorme al caballero Didier en el drama de Víctor Hugo: *Ton amour m'a refait une virginité*. ¡Oh afición madrileña, tú que hiciste temblar á Frascuelo, Lagartijo y Guerra, entusiasmándote por un pase! Bien dicen que cuando nada interesa es cuando está uno en peligro de interesarse por cualquier cosa. Hay cosas que solo el aburrimiento puede explicarlas.

Nada solicita nuestra atención ni nuestro interés. Política, arte, vida de sociedad, todo languidece. Por algo nuestro nuevo alcalde quiere obligarnos á marchar deprisita por esas calles, á ver si con la celeridad de la circulación nos animamos un poquito.

Si la orden se cumple y los habituales plantones de la Puerta del Sol se ven obligados á circular, aquello parecerá un Tío Vivo. Hay allí losas que no mojaron nunca lluvias del cielo ni riegos municipales; resguardadas de todas las inclemencias por el mismo grupo compacto que hizo de ellas pedestal de un momento á la vanidad y al arte de residir en el sitio más céntrico y más caro de Madrid, sin pagar al casero.

Bien muestra el nuevo alcalde su procedencia

automovilista, y por las trazas su ideal es ponernos á los madrileños en cuarta velocidad. No será malo, si lo consigue, porque en Madrid, donde moralmente, el que no corre vuela, materialmente no se sabe andar por la calle.

Hay quien á más de ir á paso de procesión, serpentea graciosamente para estorbar el paso al que viene detrás. Hay señor que lleva el bastón ó el paraguas á guisa de pica, y al andar va marcando puyazos á cuantos le preceden. Hay quien juguetea con dichos artefactos, como *jongleur* de circo, y lo mismo le derriba á uno el sombrero que le salta un ojo. Hay quien se emboza á todo vuelo, envolviendo amorosamente al transeunte más próximo. Hay quien es capaz de leer un drama á un amigo en la acera más transitada, entre un coche parado y un escapatrate llamativo. Hay señoras que reciben á sus relaciones en una esquina y allí se constituyen en sesión permanente.

Y es que en Madrid, cuando se anda, nadie va á ninguna parte; hace tiempo para ir á ella y se sale siempre demasiado temprano para ir á un sitio al que siempre se llega demasiado tarde.

Cosa que también puede suceder al señor

Maura en sus concesiones á los solidarios. Salir á buscarlos; perder el tiempo y llegar tarde.

\* \* \*

Cuentan del gran Víctor Hugo, que cuando se hallaba en alguna reunión de escritores, valíase de una inocente estratagema para descubrir cuáles de entre ellos abrigaban la ilusión y la esperanza de ser académicos. Para ello, soltaba alguna tremenda irreverencia contra la Academia ó contra algún grupo ó individuo de ella. Los que francamente reían á coro con él, era señal de que estaban limpios de toda ambición. Pero si alguno permanecía serio ó reía para dentro, entonces Víctor Hugo, sonriente, advertía pronto: Fulano no se ha reído. Quiere ser académico. Y así descubrió á más de un futuro candidato.

A prueba semejante asistimos á cada paso, cuando algún crimen de resonancia es preocupación general en todos los círculos sociales.

Hay quien no puede ó no sabe ocultar sus simpatías y su admiración. Se habla, por ejemplo, de la estafa al Banco de España:

—¿Ha visto usted qué bien combinado todo?

Y ya verá usted cómo al verdadero autor no se le descubre. Y se extiende en todo género de admiraciones á la habilidad y serenidad de los falsificadores, y cada fracaso de las autoridades en descubrirlos lo considera como un triunfo personal. ¡No los cogen, no; ya lo verán ustedes!

Parece como si se animara á sí propio con la impunidad.

Se habla del crimen del «Hojalata», y el que no se atreve á aclamarle por su crimen le admira por su muerte. ¡Han visto ustedes? ¡Qué valor! ¡Vaya un tío! La verdad es que ha conseguido imponerse el respeto de la gente. El hombre que hace eso no es un criminal cualquiera...

Lectores, desconfiad de estos panegiristas y cuando oigáis á algunos expresarse así, como Víctor Hugo decía: Fulano quiere ser académico, pensad vosotros: Fulano va para criminal. A cuatro delitos que queden impunes, se lanza.

\* \* \*

Todos hemos asistido alguna vez al estreno de una obra dramática de interesantísima acción, situaciones de gran efecto, «cuajada» de

pensamientos deslumbradores y frases relampagueantes; todos nos hemos interesado, emocionado; hemos aplaudido, aclamado, y al salir del teatro, apenas el aire de la noche ha refrescado nuestra frente, al pretender recoger nuestra emoción, pensamos y no tardamos en descubrir que la emoción desaparece. Aquella hermosa situación, recordamos... pero verdad es que era muy falsa, porque si el personaje aquel llega antes con la carta... Y lo natural era que hubiera llegado. ¿Y aquella frase?... Sí, pero la verdad es que lo mismo puede significar lo contrario... Y así ante el análisis reposado, pronto nos damos cuenta de que nos habían robado la emoción, habíamos sido víctimas de un atraco violento, más ó menos artístico, pero atraco, al fin.

Una cosa parecida nos ha sucedido con la memorable sesión que pudiéramos llamar patriótica. El entusiasmo de la representación no ha resistido el frío de la calle. La obra ha sido de las efectistas.

Muchos millones, mucho patriotismo, hermosas frases, pero muy poca escuadra. Todo ha sido decirnos: Tengamos marina y lo demás se nos dará por añadidura; el común sentir dice

más bien: Tengamos lo demás y la marina se nos dará por añadidura.

Nos dicen que de otro modo no podemos salir de casa, y hay que asomarse al mundo. ¡Ay! Esto me hace pensar en esas gentes cursis que viven de mala manera, y cuando se encuentran á algún conocido que ofrece visitarlas se apresuran á decir: No se moleste usted, nosotros iremos á verle á usted, no faltaba más. Todo porque no les descubran la modesta vivienda donde falta toda comodidad y todo lujo. ¿Será por esto nuestro afán de salir á Europa, como los cursis que con cuatro trapitos hacen su papel por esas calles y paseos, aunque en casa no coman? ¿Y no sería mejor que ponernos en facha de salir á visitar el mundo, ponernos en condiciones de que el mundo pudiera venir á visitarnos?

\* \* \*

¡El invierno se presenta terrible para los ricos! Ha subido el precio del pan de lujo. Sólo falta que suba también el precio de la gasolina y la vida será imposible para las clases acomodadas.

Por fortuna, ahora es la última moda en co-

midas aristocráticas probar apenas una cortecita de pan. La delgadez es el ideal estético y casi todo el mundo está á régimen. Los anfitriones están de enhorabuena. Suprimidos los vinos «matusalenes» y las marcas de precio; con buen surtido de aguas medicinales se sale del paso. Apolinaris, Vichy, Mondariz... Los comensales se juntan por afinidades curativas.

—¿Usted es Vichy, verdad, marqués? Siéntese usted aquí con la condesa.

—No, querida amiga. Ahora he cambiado. Vichy no me iba nada... Ahora soy Apolinaris.

—Entonces á mi lado.

—Es lo que yo quería.

—¿Cuántos kilos ha perdido usted este mes? Yo, kilo y medio.

—Yo he aumentado en tres.

—¡Qué disparate!

—Pero no estoy seguro, porque me pesé con gabán de pieles y después de oír «María di Rohan».

—Yo tengo báscula en mi cuarto y me peso con la menor ropa posible.

—Avíseme usted.

—¿Y usted, marquesa? ¿Cómo va con su régimen?

—Ya me ve usted. Ya no tengo nada que perder.

No hay duda, de los tres enemigos del alma, la carne es el más combatido entre las personas distinguidas, y la subida del pan, que tanto contribuye á aumentarlas, no puede afectarlas grandemente.

En cuanto á las clases menesterosas, ¿cuándo no han estado á régimen en España? Ahora, por lo menos, tienen el consuelo de pensar que están á la última, siempre suena mejor que en las últimas.

\* \* \*

La verdadera solidaridad española se muestra como nunca en estos días anteriores á la gran lotería de Navidad. Hay número que, como Don Juan Tenorio, recorre toda la escala social. Del ministro al último ordenanza del Ministerio, de la gran señora al carbonero, de la primera actriz al tramoyista. ¡Todos unidos en una misma aspiración y una misma esperanzal Hay quien no puede ver un número sin pedir participación, y por lograrla es capaz de todo. En estos días se descubre como nunca el carácter de las personas. El egoistón que compra su bi-

llete ó su décimo, según los posibles, con el mayor sigilo, á nadie dice palabra, y así previene las peticiones de participación antes y las de dinero después si logra un premio. El altruísta que quisiera compartir su suerte con todo el mundo y acaba por quedarse con veinticinco céntimos en cada número y aun piensa fundar un asilo benéfico si le tocara el gordo. Y el supersticioso que coloca el papelito bajo una imagen devota ó un amuleto diabólico, según sus inclinaciones agoreras, y el pendolista que goza sobre todo con extender los recibos de su puño y letra con arabescos y tintas de colores y toda clase de primores caligráficos, y el matemático que luce toda su ciencia calculista repentizando operaciones al tanto de lo que corresponde por fracción y por premio... todos, todos descubren su carácter en estos días de ilusiones, de esperanzas, en que toda preocupación desaparece envuelta en ilusiones... ¡Admirable institución esta de la lotería! ¿No es acaso la única felicidad positiva que debemos á nuestros gobiernos?



## XIX

La propiedad histórica ha llegado hasta los belenes. Las figuras de los modernos nacimientos se ajustan á ella con su indumentaria, y no obstante este «modernismo» retrospectivo—valga el contrasentido,—priva á los clásicos retablos de su carácter ingenuo. ¡Sientan tan bien las graciosas impropiedades en la representación de un misterio que es de todos los tiempos!

Yo he visto un nacimiento en que junto al portal de Belén había una iglesia con su campanario y un monaguillo que tocaba á misa, y más lejos una cuadrilla de toreros celebraba con una corrida—suponemos que regia—el natalicio del Niño de Dios, y por un puente atravesaba un ferrocarril y esta disparatada mezcla de tiempos y costumbres da la más clara impresión de catolicismo, porque nos decía cómo Jesús nació para todos los siglos y para todos los hombres.

Estos nacimientos de ahora no emocionan

tan hondamente. Por algo los pintores antiguos, tan soberanos artistas, se atenían en las pinturas sagradas á las figuras y trajes de su época y por ser de su tiempo lograron ser de todos.

Respetemos el arte primitivo, ingenuo, de los belenes. ¿Qué significan trajes y figuras? Para los belenes, la humanidad es siempre la misma.

\* \* \*

Los teatros aprovechan estos días de alegría oficial para presentarnos lo más disparatado del repertorio francés. El «vaudeville» es el pavo literario de las Pascuas. Como el pavo, los mejores son los de más confianza, los más conocidos, con sus eternas combinaciones; el personaje que pasa por otro durante los tres actos, sin hallar ocasión de decir quién es, ni á qué vino, hasta la última escena; el segundo acto con su decoración de veintidós puertas por donde los personajes entran y salen, se buscan, se persiguen, se suceden, se huyen contra toda razón y toda lógica.

Y el público que ríe porque es Nochebuena, de lo mismo que protestaría en otro cualquier día del año. ¿Cómo no ha pensado nadie en publicar

un almanaque teatral, como el almanaque del agricultor y el del empleado? Sería tan útil para los autores novicios con sus recetas, consejos y pronósticos. Por ejemplo, Octubre: Bueno para la comedia satírica. Noviembre: Excelente para el drama de tesis. Diciembre: Disparate libre. Enero: Drama y comedia de amor, y así sucesivamente.

No hay idea de la influencia de la estación y de los meses en la literatura dramática. ¡Cuántas obras que parecen detestables en invierno hubieran parecido excelentes en primavera! ¡A cuántos habrá perjudicado el estrenarse en Marzo en vez de estrenarse en Diciembre!

«Don Juan Tenorio», estrenado con mal éxito, no logró el favor del público hasta que halló su día en el de los difuntos. Estrenar en Apolo á la entrada de primavera es una seguridad de buen éxito. ¿Qué autor de experiencia no lo sabe?

¡Ah, el autor dramático debe entender de todo y hasta la Astronomía y la Meteorología son de utilísima aplicación en su arte!

\* \*

En estas fiestas de Pascua, en las funciones de tarde de los teatros, en las fiestas familiares á ellas dedicadas, lo he observado con pena una vez más; los niños de ahora son tristes, no saben reír, parece que, como Musset, *han venido muy tarde á un mundo muy viejo*.

Nada les sorprende, como si todo lo supieran. En el teatro son ellos los que preguntan á los mayores: ¿Por que os reís? Ellos son los primeros que dicen: ¡Me aburro!

En torno del árbol de Noél se muestran graves y desdeñosos, y en los Reyes Magos ya no cree ninguno.

Una mamá se lamentaba de esta disposición de espíritu en los niños.—Figúrese usted que hoy le digo al pequeño: Si no eres bueno, no te llevo al teatro; y me dice: Mejor. ¡Para ver tonterías!

¡Esta seriedad española! Cuando aquí decimos de un hombre que no es serio, le hemos imputado el mayor defecto... Y los que, por desgracia nuestra, hemos trasmutado los valores, y lo que todos juzgan serio es lo que más risible nos parece, estamos perdidos.

Yo creo, sin duda alguna, que la mayor superioridad de los anglo-sajones, consiste en saber

reír, en el desprecio al ridículo. Yo he visto á señoras inglesas muy metidas en carnes y muy entradas en años, lanzarse al vals y hasta al cake-walk, sin la menor idea de que estaban *haciendo el paso*. A personajes de grave significación social ofrecerse espontáneamente á cantar las más extravagantes canciones de negros, y á distinguidos oficiales de guarnición en Gibraltar, representar una parodia del «Fausto», interpretando papeles de hombres y mujeres: todo ello en presencia del gobernador de la plaza y ante los soldados de la guarnición francos de servicio. ¡Figurémonos el escándalo que esto hubiera producido en España!

¡Seriedad, seriedad! Es nuestra consigna. En estos días he leído cómo algunos revisteros de toros aconsejan á la empresa de la plaza el contrato de determinados toreros, para dar seriedad al cartel. Y digo yo: ¿Para qué necesitará la seriedad un cartel de toros?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
\* \* \* BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

10do. 1625 MONTERREY, MEXICO

El incendio de uno de los barracones destinados al cultivo del arte barato, ha venido á dar

un voto en pro de los que aconsejaban á las autoridades la supresión de los que no estuvieran en condiciones de seguridad. Aconsejaban otros en cambio, la mayor tolerancia, considerando dichos teatrillos como un anticipo de teatro popular, muy conveniente para la educación artística de las masas. No creo yo semejante cosa, y opino que la única defensa que podía tener era el servir de *modus vivendi* á mucha gente; pero en nombre del arte no son defendibles. El arte, ó debe darse gratis, con la protección y espléndida subvención del Estado, y entonces puede exigirse que sea verdadero arte, ó hay que pedir, mientras esté en manos de empresas particulares, que sea lo más caro posible. El arte malo no puede ser nunca educador, y antes pervertirá que afinará el gusto de la multitud. Bueno está compadecerse de los modestos artistas que no pueden, por ahora, aspirar á mayores empresas; pero ¡ay! que el arte no tiene entrañas y el sentimiento de compasión que inspiran unos pobres cómicos antes destruye que aumentan el placer estético. El arte dramático necesita de bellas figuras con bellos trajes; las caras de hambre y los trapos descoloridos sólo pueden emocionar tristemente ó cruelmente, por

perverso sadismo, y las dos emociones son las más extrañas á la pura emoción artística.

El Arte es como el sol; no hay uno para los pobres y otro para los ricos. Día llegará en que, como el sol también, su luz llegue por igual á todos; entretanto no se hable de arte barato, arte caro, arte grande y arte chico, porque el arte es ó no es; no se falsifica con nada.

\* \* \*

Ha muerto uno de los representantes más ilustres de un arte francés; mejor dicho, parisiense por excelencia: el modisto Paquín.

El modisto y el literato han sido los creadores de ese tipo convencional, trapos y literatura de mujer francesa; heroína de novelas y comedias para la exportación.

Como los modistos imponen sus figurines á las más rebeldes á la moda, los escritores imponen también sus figurines de almas aun á los menos atacados de intelectualismo.

¡Bourget y Paquín habrán sido creadores de tantos espíritus femeninos! Una lectura y una toilette basta á producir un estado de alma. ¡Oh! ¡El Don Juan Tenorio que supiera el libro que

acaba de leer una mujer y sepa interpretar el sentido de un traje ó de un tocado femeninos, atacaría siempre sobre seguro!

Hay toilettes que suponen una meditación previa sobre el Kempis, otras que denuncian lecturas de poetas delicados, otras que nos hablan de Claudina, Colette...

Hay toilettes que por sí solas dicen al hombre más atrevido: Hoy no estoy para nada. Hay otras que al más tímido le animan y le dicen: Hoy estoy para todo.

Y advierto á los que pudieran cometer equivocaciones lamentables, que la severidad y la ligereza del vestido femenino, suelen estar en razón inversa del estado de ánimo. Ni debe uno atreverse demasiado por su «deshabillé», todo transparencias sugestivas, ni acobardarse por un riguroso luto ó un severo hábito. ¡Oh, no! El luto sobre todo si es de viudez reciente, no debe desanimar á nadie. ¡El dolor trastorna!

Los autores dramáticos, por nuestra parte, debemos también una grata memoria al modisto.

¡Cuántas veces una de sus creaciones habrá distraído al público de una pesada escena de relleno ó habrá permitido que las elegantes abo-

nadas perdonen alguna crudeza de frase, disimulando la atención al diálogo con el examen de la toilette!

¡Y para cuántas actrices habrá sido también el modisto gran inspirador, y lo que ellas no supieron poner de su alma en un personaje, suponerlo el modisto, mejor intérprete de su carácter con sus trajes, que la actriz con sus recursos teatrales!

Lloremos á un precioso colaborador y piensen algunas actrices, quién va á proporcionarles ahora el talento que necesitan. Por algo cuando un papel le va á un artista, se dice que es un traje á la medida.

Y habrá actrices que no sepan de Ibsen; ¡pero de Paquín!

\* \* \*

Nadie como yo cree en la conveniencia de los teatros populares como excelente medio de propaganda educadora; pero creo también que los espectáculos ofrecidos en nuestros teatros baratos más contrarían que favorecen la cultura del pueblo.

Convengamos, en que la mayor parte de las

obras en ellos representadas no son escuela de buenas costumbres, ni siquiera de buen lenguaje. El teatro ha contribuído no poco en España con sus exageraciones ya cómicas, ya melodramáticas, á la profusión de ese tipo odioso del chulo teatral, al que si fuera á buscarse cabal genealogía no sería difícil hallársela en los galanes de nuestras comedias clásicas; pero allí era por lo menos limpio el vocabulario y la chulada era retórica.

Grave es siempre la responsabilidad del autor que es escuchado del público; pero si es al pueblo ó á los niños á quien se dirige, su responsabilidad es mucho mayor.

Lo he dicho en otras ocasiones; calumnian al pueblo los que le creen incapaz de comprender un arte superior á su inteligencia. El sentimiento tiene un seguro instinto y estoy seguro de que solo ante un auditorio popular sería hoy posible en España, sin temor á un fracaso, la representación de las obras teatrales más sublimes; las mismas que no vacilaría en calificar de «latosas» (algunas lo fueron ya), el selecto público del abono.

Sí; tratándose de ofrecer arte al pueblo, soy radical. Nada mejor que algo, si ese algo es malo.

Muy atendible es la consideración de que muchos pobres artistas viven de ese teatro. Me parece muy bien que todo el mundo viva, pero de lo que pueda vivir.

Harto es ya España el país en que decir ¡Pobrecito! lo justifica todo. Menos compasión y más justicia. Los empleos están ocupados por muchos ineptos, pero... ¡Pobrecitos! Los escenarios soportan á muchos cómicos detestables, pero... ¡Pobre gente! Hay quien escribe una obra, no porque sepa escribirla, sino porque lo necesita para comer. ¡Pobrecillo! Y todos ellos encuentran en esta compasión mayor apoyo, mayor benevolencia, que el fuerte, el valedor, el útil. Con todo esto hemos llegado á estimar como la mayor prueba de cariño á nuestra tierra que los extranjeros nos digan: ¡La pobre España!

\* \* \*

La boda de una Vanderbilt ha *eputado* á la noble y vieja Europa, con la verdadera explosión de lujo americano, lujo bárbaro, que dicen los americanos latinos, pero lujo que en su misma barbarie es de tanto *grandor*, no diremos

grandeza, que sólo así salva los peligrosos linderos de la ordinariez y la cursería. Un lujo así tiene algo de sobrehumano, eleva el dinero á la categoría de fuerza ideal, única capaz de realizar en lo humano fantasías y caprichos divinos. ¡Toda esa fuerza aplicada á un ideal de Justicia, de Belleza, en vez de aplicarse á un lujo estéril que ni es justo ni es bello!

Cierto, que ese lujo da de comer á mucha gente; no es dinero tirado, aunque lo parezca, esos miles de dollars gastados solamente en orquídeas.

En la actual organización social, sin el lujo y sin los vicios de los ricos la revolución social sería ya un hecho. Cuando gastan su dinero tontamente, cuando se arruinan locamente, es tal vez cuando realizan un principio de justicia.

Y lo que tiene ese lujo de insultante es también un estímulo poderoso, de envidia ó de ira. Piensan unos: «Así quiero ser yo». Piensan otros: «Nadie debe ser así». Y estos dos pensamientos, en apariencia tan opuestos, llevan el germen de una futura y más perfecta organización social.

Tal vez no sea posible que en todas las mesas haya orquídeas. ¿Pero será tan difícil, estará tan lejano el día en que pueda haber en todas pan y unas rosas?

## XX

Las señoras de Nueva York andan alborotadas porque recientes ordenanzas las prohíben fumar en lugares públicos. Creo que las autoridades más han pretendido favorecerlas que molestarlas.

Nunca he comprendido ese furor que siente mucha gente por obtener una consagración oficial y pública para una porción de cosas que tiene su mayor encanto en no trascender del dominio privado.

El cigarrito femenino es una de estas. En la mujer no se comprende el uso del cigarro por el cigarro. Ha de ser un detalle más de una «mise en scene» muy cuidada en un cuadro muy íntimo. Decoración muy moderna de tonos muy armonizados, tono sobre tono, la escala de los verdes ó de los rosas ó de los grises. Aconsejaos de un buen pintor... muerto. En el Museo del Prado hallaréis excelentes motivos de inspiración. Después, uno de esos divanes, que una

señora amiga mía, llamaba con gráfica expresión, revolcaderos, pero que yo no me atreveré á nombrar de ese modo; un diván cama, poco levantado del suelo, cubierto con una auténtica piel; camello, oso blanco, cabra de Angora, zorros azules con sus cabecitas. Esto último no se recomienda tanto, porque los amigos harían chistes. La piel puede sustituirse por un rico paño de terciopelo, bien entonado con nuestra carnación. Hay que ponerse en todo. Profusión de almohadones, no esos almohadones vulgares de telas estampadas; almohadones muy personales. Cerca, lo necesario y lo superfluo «pour en griller une». Todo como de juguete y todo ejemplar único, á ser posible.

En estas condiciones el cigarrillo, el mismo cigarro puro, parecen tan propiamente femeninos, que son los hombres los que piensan entonces que acaso el fumar sea más propio vicio femenino y no tarden en arrojar su cigarro, como avergonzados.

Para mí no hay duda de que el cigarro pasará en fecha no muy lejana á ser de uso exclusivo de las mujeres, como el abanico, el manguito, que en un principio usaban por igual hombres y mujeres; como será con tantas otras co-

sas á todas luces más apropiadas al carácter femenino, por ejemplo, el arte, la política, todo aquello en que sea elemento primordial la seducción. Porque vamos á ver. ¿A ustedes les parece propia de hombres la actitud de un artista pensando siempre cómo agrada al público? ¿Y la de Maura, pensando siempre cómo agrada á Cambó?

\* \* \*

Es la hora del té. La hora que en los largos anocheceres de invierno sería para las mujeres la hora de los aburrimientos peligrosos, si la moda no hubiera inventado esta costumbre.

En torno á la hervidera de plata, que es con su llama azul temblorosa, como ara encendida en culto á la diosa Frivolidad, es un charlotear incesante, apenas interrumpido por el picoteo en bocadillos y golosinas. De un tema á otro, mariposea la charla femenina con frases que son unas veces, batalla de flores; flores de trapo; otras, como cruzar de floretes en juego de esgrima, todo galantería; alguna vez, aquel alfilerazo que busca y acierta con el defecto de la armadura.

Allí murmuran, como en parte alguna, los mil arroyuelos por donde van las pequeñas historias á formar el mar de la historia grande de una época.

¿Qué es la murmuración sino la historia de un día? ¿Qué es la historia sino la gran murmuración de los siglos?

—¡Cómo canta el Werther ese hombre! ¿Le habéis oído?

—Pero la ópera es una tontería.

—Hay que oirla más de una vez.

—Eso dicen de todas las tonterías. ¿Será ese el secreto del matrimonio?

—¿Has estado en estos bailes?

—En todos. No te he visto en ninguno.

—¿Olvidas mi luto?

—Por una tía...

—Pero era de mi marido. Tengo que guardar más las apariencias.

—¿Habéis visto la obra del Español?

—No quiere mamá. Creo que es una soltera que tiene relaciones con un casado, lo mismo que dicen de...

—¡Calla, que está ahí su mujer!

—No, si iba á decir la de...

—¡Calla! ¡Que está ahí su hermanal

—No comprendo que haya quien no quiera recibir á las que tienen historia, porque es no poder hablar de nadie en sociedad...

Y así pasan dulcemente esas horas de los largos anocheceres de invierno, que son tan peligrosas para las mujeres distinguidas que no toman té en sociedad con sus mejores amigas.

\* \* \*

Distinguidas señoras que preparaban bailes de trajes, minués y otras fantasías propias de Carnaval, han tenido que desistir de sus proyectos por no hallar suficiente personal masculino propicio á la inocente diversión y al insignificante gasto que supone presentarse trastornado por una noche, con propiedad de ópera, en mosquetero, marqués, Luis XIV ó XV, petimetre del XIX, etc.

El *sport* lo absorbe todo, energías físicas y pecuniarias. El automóvil, el polo, el golph, el tiro, el *lawn-tennis*, con la apropiada indumentaria y los precisos accesorios, no dejan tiempo, ni dinero, ni fuerzas á la juventud masculina.

Para el ligero *flirt* que ha de preceder á un matrimonio convenido en familia, tan bueno es

el automóvil con sus expediciones, como un salón de baile. Un moderno torneo de polo, mejor que un cotillón con sus figuras grotescas. Dejemos á las cotorronas llorar por las pérdidas costumbres de los pasados tiempos... Sus hijas no parecen mal avenidas con los alardes de fuerza, agilidad y destreza. Ciertó que un valsador infatigable era una garantía; pero en el baile, á la luz artificial de los salones, es más bien fuerza nerviosa la que se gasta, y la fuerza nerviosa es traicionera y puede faltar en el mejor momento, como todo lo que es inspiración.

¡Fuerza, fuerza! Aunque el amor se despoetice. Esta generación no es de novios; pero quién sabe si, por lo mismo, no nos prepara una brillante generación de padres.

\* \* \*

D. Prudencio—nuestro Mr. Prudhomme,—ha tenido en estos días ocasión de manifestarse. D. Prudencio abomina de las exageraciones, y en su concepto—D. Prudencio no tiene opiniones, tiene siempre conceptos,—en su concepto, los sucesos de Portugal han sido una lamentable y funesta serie de exageraciones. Exagera-

do el dictador, exagerados sus enemigos políticos, exagerada, y cómo no? la prensa, exagerados los regicidas, éstos sobre todo. Los únicos que no le han parecido exagerados, son los republicanos de allá, lavándose y aun perfumándose las manos, como Pilatos, abominando del crimen y dejándolo todo para mejor ocasión, y los ingleses enviando á modo de amistosa advertencia, unos cuantos barcos á la vista de Lisboa.

No hay que decir si á D. Prudencio le habrá parecido también exagerada la actitud de esa gente que se ha pasado las horas en acecho y acoso del caído dictador, durante su estancia en Madrid.

D. Prudencio, en cambio, ante estas grandes tragedias de los grandes, siente como nunca el efecto que, según retóricos preceptistas, ha de producir la tragedia en el ánimo del espectador, el de purgar nuestras pasiones. D. Prudencio se purga, de toda ambición en primer término, de toda envidia y de toda codicia. ¡Oh su apacible medianía! ¿Quién quiere ser rey ni dictador después de esto? Y D. Prudencio cree tener asegurada la material inmortalidad solo con sentirse insignificante.

También han sido gloriosos días estos para los exaltados, para quienes todo es síntoma y anuncio precursor de trastornos mundiales, para los que todo lo tenían previsto, porque la historia enseña...

Y aquí un curso de filosofía de la historia... Y la historia no debe enseñar gran cosa cuando todavía no han aprendido algunos gobernantes que se puede hasta tiranizar en pleno siglo XX, y lo que no se puede es dejar sin voz á los pueblos para quejarse siquiera de la tiranía.

Carlyle, tan enamorado del silencio, consideraba, no obstante, como pueblos muertos á los que, según él, no tenían voz, es decir, á los que no habían expresado en forma artística sus sentimientos, sus aspiraciones, sus esperanzas ó sus recuerdos. Fuera del arte existen en la vida moderna otras muchas voces que son señales de vida, el Parlamento, la prensa, la opinión pública en todas sus manifestaciones; gobernar sin ellos es gobernar en silencio, el silencio del vacío es remedar al avestruz en lo de esconder la cabeza bajo el ala, para no ver al cazador, porque lo que no se ve ni se oye, es por un momento como si no existiera... No,

la historia no enseña nada, ni siquiera la Natural; hay gobernantes que no aprenderán nunca que dejar á un pueblo sin voz es obligarle á que la acción sea más violenta, y que la postura del avestruz no es postura airosa para hombres de gobierno.

\* \* \*

La rueca y la pluma. Apólogo.

Dijo la sartén al cazo, etc. Dijo el orador al escritor: Quita de ahí, hablador.

Ya lo véis, escritores; con un poco de imaginación, podéis pareceros, al escribir, á la mismísima Margarita del «Fausto» al surgir, evocada por Mefistófeles, ante los ojos del viejo doctor, dándole á la rueca y al huso.

¿Con que el ejercicio de la pluma supone cierta timidez y debilidad de carácter?

Pruebe, pruebe el Sr. Maura por una vez á estrenar, siquiera una piecicita del género chico, sin mayoría, es decir, sin *claque*, y verá lo que es bueno.

Y aún insisten los escritores en acudir al gobierno en demanda de indultos para Nakens y

Morato. Ya véis en lo que se nos estima, y bien podemos suponer en lo que han de estimarse nuestras peticiones. ¡Gente de pluma! De rueca como si dijéramos.

¡Si lo dijeran Hernán Cortés y el Gran Capitán!

Pero créanos el Sr. Maura: oradores y escritores, todos somos unos. Plumas y lenguas, todas son ruecas.

Aparte de que la rueca no es tan despreciable por ser su ejercicio ocupación de mujeres. Los ingleses tienen un proverbio que dice: La mano que mece la cuna, mueve el mundo. Y esa mano es la de la mujer, la misma que mueve la rueca.

Yo, por mi parte, prefiero figurarme al mover la pluma que muevo una rueca y estoy hilando, que no una espada que corte los hilos de algunas vidas. Pero es un modo de pensar, de sentir, mejor dicho.

\* \* \*

Por ser la primera vez que se ha tomado en consideración el voto de las mujeres, el Con-

greso ha estado muy consecuente, como dicen los chulos. Principio quieren las cosas.

Si los hombres fuéramos agradecidos, la votación favorable hubiera sido más nutrida. ¡Habrá tantos que deban su carrera política á las faldas y habrán votado en contra ó se habrán abstenido! Cuando en los bastidores de la política, tan importante papel juegan las mujeres, ¿por qué impedirles mostrarse en el escenario? ¿Qué se teme? ¿Sus tendencias reaccionarias? ¡Ay! En otros tiempos no lejanos sí era la mujer la que extremaba esas tendencias; pero ahora ¡hay tantos matrimonios en que es la señora la que tiene que retrasar la hora del almuerzo porque el marido está en el sermón ó en la junta de cofradía! Será dichosa casualidad, pero yo conozco muchas más liberales que liberales. Cierto que cuando se trató la cuestión de las asociaciones, las señoras dieron una acentuada nota reaccionaria; pero es que esa cuestión no las importaba mucho. Pero que se votara la ley del divorcio y ellas hubieran de decidir con sus votos: reforma implantada; bastaría con que la votación fuera secreta. Y si había de ser pública, todas se disculparían con sus amigas.—Yo por mí no hubiera votado ¡qué horror!, he vota-